

(Recogido en "De esto
y de aquello," tomo IV) La Política
y las Letras

11-78

Poesía y política



[*"La Voz de Guipúzcoa": San
Sebastián, 31 mayo 1934*]

A los que nos dicen que dejándonos de política—de hacerla, no de vivir de ella, que no vivimos—, hagamos dramas y novelas, esto es, poesía, y traduzcamos a Platón, no se nos ocurre por de pronto, ante el tumulto de ideas que para contestarles nos asaltan, otra cosa que recordar aquel discurso que el 19 de noviembre de 1876 dirigió Josué Carducci, el gran poeta civil de la Italia unificada, a los electores del colegio de Lugo, ciudadanos de la Romaña:

"Pero es, ¡ay!, la poesía—les decía—, precisamente la mancha original que, según nuestros adversarios, me excluye de la casta política. La verdad es que nuestros adversarios están de acuerdo con Platón, que fué el primero en echar a los poetas de la República. Mas aquella República platónica era más lírica que una oda de Píndaro, y a Platón, además, le parecía que no desdijese de los filósofos el disputar sobre el "logos" en las Cortes de los tiranos de Sicilia. Solón, por el contrario, componía elegías y hasta, pudiendo ser tirano de la patria, la dotaba, en vez de ello, de una Constitución que hizo la gloria y la grandeza de Atenas. Echándonos en cara, como calificación de inhabilidad política el nombre del poeta, los adversarios muestran no conocer otra poesía que la de la Arcadia. Y no recuerdan que temple de ciudadano fué Juan Milton, que hizo con poderosos escritos la apología del pueblo de Inglaterra contra las usurpaciones de Estuardo. Y no recuerdan que Alemania mandó discutir al Parlamento de Francfort las leyes de su reconstitución nacional a Luis Uhland, por el mérito de haber gloriosamente cantado las tradiciones y las aspiraciones de su pueblo y doctamente ilustrado la historia de la poesía alemana; y el noble viejo poeta fué parejo a su gloria y digno de la confianza de la



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES



patria, soportando, mágnánimo, los malos
 frates de la violencia militar que disolvió los
 últimos avances de la Asamblea Nacional. Y
 no recuerdan que, caída en la ignominia por
 los errores de un doctrinario. Francisco Gui-
 zot, la monarquía burguesa de Luis Felipe,
 un poeta, Lamartine, opuso por días enteros
 su elocuencia y el pecho a los furoros de la
 plaza, y con riesgo de la fama y de la vida
 salvó al menos el honor francés y la bandera
 tricolor. Y en Italia, por haber hecho versos
 que no desagradan, ¡se nos querian quitar
 los derechos civiles! ¡En Italia! Presiento lo
 que pueden oponerme los adversarios: "Pe-
 ro tú no eres ni Milton, ni Uhland, ni Lamar-
 tine. ¡Ni vosotros que echáis del Estado a los
 poetas, sois Platones!"

Y luego el gran poeta y gran político—que
 es una misma cosa—, italiano, recordaba a
 los grandes poetas políticos, esto es, civiles,
 de Italia: Dante, Ariosto, Anfiéri, Foscolo... Y
 recordaba a Mazzini, el más grande poeta de
 la más grande política republicana de la ci-
 vilidad moderna europea.

Claro que todo esto no parece encajar en la
 réplica a los que nos dirigen esa súplica de
 que nos apartemos del campo de la política y
 volvamos al de la literatura. De la literatura,
 y no de la poesía. Y al hablar de la poesía
 no nos referimos a la expresada en verso.
 Comprendemos que haya muchos que no
 sientan la íntima hermandad, la "gemelidad"
 más bien, que hay entre poesía y política.
 El que esto escribe, por su parte, puede decir
 que si algo ha hecho en poesía, en verso o en
 prosa, en novela, en cuento, en drama, en en-
 sayo artístico, que haya de perdurar en vida
 de espíritu, se debe a que ha sentido con in-
 tensa pasión la historia de su patria, a que
 siente la política. Como cree que si su ac-
 ción política, sus artículos y sus discursos
 de combate civil logran alguna eficacia en el
 ánimo de sus conciudadanos, se debe a lo que
 hay de poesía en ella.

Hay una cosa de que hay que huir si se
 quiere hacer poesía, hacer arte en el más alto
 sentido humano, y es de caer en "littera-
 teur", en "homme de lettres". Y lo digo en
 francés porque la cosa es de origen francés
 y académico. Víctor Hugo no fué un "littera-





teur", fué un poeta, y fué un poeta porque era un político.

Lo más característico acaso de la literatura que podríamos llamar académica, o sea apoética, infecunda, es su apoliticismo.

Pero la Academia Española de la Lengua, la que dice que limpia, fija y da esplendor, poco o nada tiene que ver con la poesía. Con la literatura apoética a lo sumo, y por eso es justo que ingresen en ella los políticos literarios y apoéticos, los conservadores no creadores. Limpian, fijan y dan esplendor, pero no crean, remueven y dan calor a la lengua.

¡Que haga novelas y dramas! ¿Es que sin hacer política, sin política, podría hacerlos? Haciendo mi primera novela, "Paz en la guerra", eché los cimientos de mi concepción política, histórica, de nuestra España. Que la política es poesía y la historia es drama. Y todo lo demás... ¡literatura académica!

